

Ramiro Ledesma Ramos. Ejemplo de vida y de muerte Luis F. Villamea

El 28 de octubre de cada año se cumple un aniversario más de la muerte de Ramiro Ledesma Ramos, en el patio de la prisión de Ventas. Esta fecha significa mucho para recordar el punto de partida de una doctrina que entonces, y también ahora, era el grito salvador ante una España desgarrada. Aquella República sectaria, aglutinadora de un interés permeable a las necesidades de intelectuales, revolucionarios armados, antiguos añorantes del liberalismo restaurador de monarquías fenecidas con gloria, y teóricos del futuro de España, despeñaba a la Patria hacia un abismo de locura, pergeñado en las mentes de muchos.

Ante este caos se levantó el nervio de «La Conquista del Estado», un semanario que salía dirigido por un intelectual que, a sus veinticinco años, había conseguido una madurez nada común. Y lo hacía poco antes de la proclamación de esa República que, desde la Puerta del Sol, de Madrid, iba a partir en dos al pueblo español. Después, vinieron las JONS, de la mano de universitarios (principalmente, de la Facultad de Filosofía y Letras), que hablaban, en idioma desconocido, de patria y justicia, a través de una tipografía valiente y combativa. «Ramiro Ledesma —dice Emiliano Aguado— presintió muy pronto el callejón sin salida en que estaba metida España.»

Algo es definitivo en la vida y en la obra del padre político de «La Conquista del Estado», y es el sentido revolucionario nacional, la sensación ramiriana del Estado hispánico y la razón social o sindical. El interpreta como nadie, después de muchos ensayos fallidos, la angustia de las masas españolas. Y pretende que el capital industrial y financiero no tenga nunca en sus manos los destinos nacionales. Esto suponía, en la apreciación de Ramiro, un riguroso control de las operaciones, cosa que estimaba posible solamente en un régimen nacional de Sindicatos. Y quería también, en un apunte de segunda garantía, devolver a todo trabajador *español* —Ramiro ponía acento en esta palabra— el sentimiento del derecho al pan y al trabajo, mediante la abolición del paro forzoso.

Para ello, Ramiro Ledesma, aquel muchacho de Alfaraz, funcionario de Correos y licenciado en Filosofía y Letras y en Exactas —esta carrera no la llegó a terminar—, había trabajado con la ciencia filosófica alemana, presto siempre a dotar a su pensamiento de una contextura sólida. Era un intelectual serio, noble, que dejaba clara su postura ante su pueblo y ante la Historia, pero que también disentía de aquella otra clase de intelectuales que, desde el café, intentaba traer para España la nueva panacea universal. Todo el mundo hablaba de marxismo, pero nadie se daba cuenta del verdadero peligro. Sólo el genio de Ramiro, su profecía intelectual, iba a ser el catalizador finísimo de un presagio que él mismo sentiría en propia carne. Las embestidas marxistas a las que tanto se refirió en «La Conquista del Estado» no sólo iban a afectar —como se temía— a las economías españolas, sino que comenzarían a tirar desesperadamente de un rencor que no pretendía enfrentarse a la propiedad privada exclusivamente, sino que, instigadas por las internacionales marxistas, asolarían lo que representase un *orden hispánico*.

Y la revolución nacional-sindicalista no se hizo esperar. Luego, vino la fusión con Falange; más tarde, la separación. Pero el espíritu revolucionario nacional, arrancado el término al marxismo por su conversión positiva, sería el nuevo grito que enarbolase gran parte de la juventud de España. Más tarde, se fue perdiendo, en parte porque el nuevo Estado dejó de creer en él y, en parte, igualmente, porque un concepto de la vida, amasado en tanto cenáculo marxista, neocapitalista y liberal, seguidores de teorías inspiradas en pensamientos ajenos a la propia filosofía de España, irrumpiría poderosamente en nuestro país, hasta el punto de que no sólo eliminase el valor de la idea, sino que también enterrase el ejemplo de vida, el acto de servicio de la muerte.

Hoy, en el cementerio de Aravaca, llamado también de los Mártires, son unos cuantos jóvenes los que se reúnen, como todos los años. No cuentan con prensa que les avise, o que les anuncie la fecha. No tienen quien les diga que allí yacen unos hombres que no eran fanáticos de nada, sino auténticos pensadores de las verdades eternas de su pueblo. Allí se

encuentra Ramiro de Maeztu, otro estudioso de la Hispanidad. Y los dos, con otros muchos, son el espejo que, si no va a ser capaz de revolver la conciencia lasa de muchos, sí por los menos será el recuerdo de los que no olvidan los sacrificios por amor, único tesoro que puede guardar orgullosamente el alma de los pueblos sanos.

[Texto publicado en la revista *Fuerza Nueva*, año VII, nº 355, 27 de octubre de 1973, p. 28]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 56